

Ramiro Pinilla

QUINCE AÑOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAMIRO PINILLA
QUINCE AÑOS

Epílogo de Miguel González San Martín

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2025

© Herederos de Ramiro Pinilla, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-682-1
Depósito legal: B. 14.660-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Quince años	13
<i>Epílogo: Ramiro Pinilla o la voluntad recompensada</i> , por Miguel González San Martín	153

El maestro llevaba cuatro meses abriendo la puerta de su casa con cuidado de no alborotar el presente. La zozobra se le recrudecía al pasar de un escenario a otro, y también había descubierto que eludía la amenaza si las partidas y llegadas las hacía de modo imprevisto. Acababa de decir adiós a sus alumnos a las cinco menos cinco en vez de a las cinco en punto. Oyó a su madre renovando el carbón de la chapa.

—Hoy he soñado en la siesta —le llegó su voz por el pasillo—. Me he encontrado con tu padre y le he dicho que vivimos en otra casa.

—Ya se lo dijiste hace cuarenta años.

—Pero se le olvida todo. Ahora se meterá en los sueños de los que vivan allí.

Era una mujercita pequeña, casi inexistente, para quien la guerra había acabado cuatro meses atrás con el excarcelamiento del hijo. El maestro, que nunca la había besado, empezó a hacerlo a sus cuarenta y cua-

tro años, desde el momento en que la tuvo delante fuera de las rejas. La madre lo esperó en la cocina para recibir el beso de la tarde.

—También he encontrado en el sueño un botón de tu gabardina. Estaba en la balda de las recetas.

El maestro colgó el chaquetón de un gancho del paragüero y la boina de otro y pasó a su cuartito de trabajo con los mismos ademanes escrupulosos que al abrir la puerta de casa. Se sentó a su vieja mesa sin barnizar con la misma ropa de la calle, abrió la carpeta que traía y sacó los dictados de sus alumnos.

Después de que sonaran en el comedor las campanadas de las seis llegó su madre con una lámina de queso, pan, un cuchillo y una servilletita doblada, todo sobre un plato llano de loza.

—Te lo meto en el pan —dijo.

—Lo sé hacer por mí mismo —dijo el maestro.

—Ya sé que lo sabes hacer, pero lo que quiero es que lo comas. Al mediodía sólo miraste las lentejas.

Pero ni siquiera esperó a ver si cumplía su palabra. Desde hacía esos cuatro meses tenía una fe tan ciega en su buena suerte que ya no se tomaba en serio sus deberes de madre. Los acosos que abrumaban al hijo eran sólo una concesión a un largo hábito.

—Han matado a Patricio Sarría, a Bruno Jáuregui y a Marcos Altube —dijo, al retirarse con una sonrisa feliz.

El maestro no se atrevió a volver la cabeza para

mirarla por no recibir la certidumbre de que debería empezar a vivir la noticia que el destino le debía.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

—Creo que he dicho que han fusilado a Patricio Sarría, a Bruno Jáuregui y a Marcos Altube, pero no estoy muy segura de haberlo dicho —dijo la madre desde el umbral, sin volverse.

—¿No lo habrás soñado también?

—Sólo estoy segura de lo que sueño.

Eran los tres capitanes de gudarís cuyos nombres figuraron en el mismo expediente del maestro. Recordó la visita que, en agosto, le hiciera el alcalde Benito Muro. «Mi hijo no está», oyó repetir a su madre la mentira de los últimos doce días. «Bueno, Agustina, déjese de historias», dijo riendo el alcalde. «Si el maestro no quiere que lo vean, allá él, pero yo tengo que verle. Avísele que viene uno que le quiere.» «Mi hijo no está», mantuvo la madre. «Déjalo ya, ama», dijo entonces el maestro pisando el pasillo hacia la puerta. «Pase.» Empujó suavemente a su madre a la cocina y le hizo una seña a la visita de la puerta.

—¿Por qué me tratas de usted, maestro? —preguntó Benito Muro. Reía con los dientes perfectos de los que han ganado la guerra. Era un hombre rechoncho y de piel tierna que durante toda su vida despotricó contra los curas y los militares, pero que a la entrada de las tropas hincó sus rodillas en la carretera a besar la bandera que traían. Denunció a vecinos para salvar

el pellejo. Ahora, investido de alcalde provisional, paseaba su feudo con aires de perdonavidas.

El maestro recordó que le había pasado a su cuartito, cerrando la puerta, y que le miró a los ojos.

—Usted es el único en todo el pueblo que sabía que yo estaba en casa. De modo que fue cosa suya.

—Lo he hecho con gusto, maestro —dijo el alcalde. Y añadió—: Pero la primera razón ha sido la causa. La escuela de los chicos se encontraría sin maestro en setiembre. Pero cuidado lo que les enseñas.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Te lo estoy diciendo.

El maestro recordó que hubo de preguntarle dos veces más por qué lo había hecho, por qué el favor sólo le alcanzó a él y no a los demás presos. Benito Muro miró a otro lado.

—Los demás no me salvaron la vida hace veinticinco años —dijo—. Me ahogaba en la playa de Sopelana, ¿recuerdas? Te echaste el primero al agua. Estábamos toda la cuadrilla. Eran otros tiempos... Pero no presumas, maestro. Ya estamos en paz. No lo olvides.

El maestro también recordaba que quiso saber por qué ahora le condenaba por ello. Retrasó cuanto pudo el regreso al presente por no enfrentarse al desenlace del drama. Se sintió el hombre más solo del mundo cuando desapareció del umbral la espalda de su madre y al descubrir que, esta vez, no importaba que los

despachos de ella procedieran o no de sus sueños, pues los fusilamientos de Bruno Jáuregui, Marcos Altube y Patricio Sarriá eran la noticia inapelable que le reservaba la guerra. «Al menos, ya no me puede ocurrir nada más», pensó, sintiendo que le descansaban músculos de aquí y de allá que los tuvo como lingotes en los últimos meses. Sin embargo, las paredes del cuartito aún retenían las palabras de su madre, el maestro casi las veía rebotar de una a otra, sobre los nombres de los muertos. Eligió afrontar el reto de la calle y se levantó, salió al pasillo y alcanzaba la puerta justo cuando las orejas de su madre percibían la brisa del aire desplazado.

—¿Qué pasa? —preguntó desde la cocina.

—He olvidado algo en la escuela —mintió el maestro.

—Coge el tabardo y al volver me subes una berza.

Según su costumbre reciente, el maestro miró a un lado y a otro desde el portal antes de pisar la calle. Si veía a alguien, daba tiempo a que pasara. Había vivido avergonzado de estar libre y desde ahora viviría avergonzado de estar vivo. El alcalde Benito Muro le había obligado a salir del refugio de su casa para recuperar su puesto en la escuela y siempre creyó estar viendo miradas negras a su alrededor. «Ahora que he

tocado fondo me matarán o me dejarán tranquilo», pensó. Pero cubrió los cuarenta pasos que distaba su casa de la escuela con unos pies sin peso.

El edificio era cuadrado, con forma de cajón, y lo mejor que se podía decir de él era que no parecía una escuela. Se accedía cruzando el patio de recreo, al que las chicas salían a horas distintas de los chicos. El maestro había acertado al suponer que no habría luz en ninguna ventana. En la semioscuridad de las seis y media del jueves distinguió a la izquierda el bulto de alguien sentado contra el muro de piedra divisorio con la otra finca. Se acercó.

—Hola —oyó a Asier.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó el maestro por aliviar la situación con cualquier sonido. Uno de los tres fusilados aquel día era hermano del pequeño Asier. Y un año antes había perdido a otro hermano en los combates de Peña Lemona. El maestro siguió avanzando por averiguar con qué mirada le recibía—. Te vas a enfriar ahí quieto —musitó.

—No me atrevo a ir a casa —dijo Asier, levantándose con ayuda de su bastón de caña.

—¿Dónde está la señorita Mercedes? —preguntó el maestro con una acritud de la que al punto se arrepintió. Había querido decir por qué no estaba a su lado acompañándole a soportar el golpe. «Ya no me corresponde a mí hacerlo», pensó. Comprendió que él mismo se estaba excluyendo de la pña que forma-

ban los tres desde hacía cinco años, sobre todo desde el accidente del chico, en que ambos maestros compitieron en servirle la escuela a domicilio. El recuerdo heló al maestro por dentro.

—La llamaron de nuevo a declarar y tuvo que salir antes —dijo Asier—. Me encargó a mí del orden y de cerrar las puertas. Ahora los maestros se van de las clases los primeros.

El maestro había convertido en hábito el huir del aula minutos antes de la hora por soportar menos que ninguna las miradas de aquel rebaño de ingenuos que le suponía un héroe de guerra. Se encontró con Asier a medio camino y se atrevió a mirar la mirada del chico y no encontró el repudio que esperaba, sólo encontró confusión.

—En las guerras deberían llevar a otro sitio a los inocentes —dijo.

—Marcos me hizo aquella silla de ruedas hace cuatro años —dijo Asier.

El maestro perdió de respirar dos veces.

—Sí, de una vieja mecedora —dijo—. Y el bastón que llevas.

—Y, antes, las muletas.

—En la celda mataba el rato con una madera y una navaja que escondía en un hueco del muro —dijo el maestro.

—Se la regalé yo —dijo Asier.

—Lo sé —dijo el maestro.

Era como jugar con fuego, pero se negó a privar de aquello al chico. Se encontró perdido ante la renovación del recuerdo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Asier avanzando el rostro.

—Nada. A los vivos no nos pasa nada.

—No sé lo que tengo que hacer —dijo el chico.

—¿Quién sabe lo que tiene que hacer? —suspiró el maestro.

—Pero usted siempre ha sabido lo que hay que hacer y me lo ha dicho.

De pronto, el maestro empezó a necesitar el repudio de Asier. Como si aquella guerra nada hubiera cambiado, allí estaba su pequeño amigo de quince años esperando de él que le explicase las cosas, rogándole las palabras que recompusieran el mundo.

—No es necesario morirse para cambiar de cara —murmuró.

El chico le miraba tan inmóvil apoyado en su bastón que el maestro perdió aún más la medida.

—¿Sabes a qué me refiero? —exclamó—. ¿No te has preguntado por qué tu hermano ha muerto y yo estoy vivo? Pues abre los ojos y coge lo que dicen en el pueblo contra mí.

—Nadie dice nada en el pueblo contra usted —gimió el chico.

—¿Tampoco sabes que está de moda el denunciar al prójimo? Según las leyes del cielo y de la tierra me

correspondía haber muerto con los tres. Y lo que tienes delante es un maestro vivo. Tuve cuatro meses para pensarlo, pero me faltó valor para volver junto a ellos.

Asier levantó los brazos y gimió: «¡No quiero más muertos!», y como en su arrebato también había levantado el bastón, quedó en un equilibrio inestable sobre su pie menos lisiado y se habría derrumbado sin advertirlo siquiera de no haberle sostenido los brazos del maestro. El rostro del chico se hundió en el pecho del hombre. Los brazos del maestro se retiraron de la espalda de Asier como si quemara.

—La señorita Mercedes no se casaría con otro si a usted le matan.

Era la primera vez que el maestro tocaba el cuerpo de Asier con tanta contundencia, y había ocurrido cuando se pensaba capaz de contaminar a la gente. Se sintió incapaz de despegar aquel cuerpo del suyo. Tuvo la viva impresión de que le agrietaban el rostro surcos inéditos.

—No sé lo que tengo que hacer —le vino la voz del chico saliendo de las solapas de su chaquetón de pana.

Le conocía desde que apareció con siete años de la mano de Mari Benita y fascinado por el alboroto del patio. «Aquí se lo traigo, don Manuel.» Todas las madres decían lo mismo; sonaba a devolución de una compra equivocada. Hasta el año 34 no ocurrió nada

especial, pero todo se precipitó tras el descalabro de los pies del chico bajo el tractor de sus primos gemelos Eladio y Leonardo Altube. El maestro vivió desde entonces pendiente de su alumno. Solía comentar que resultaba simbólico que el último vástago de los Altube hubiera sido agredido por un mecanismo de la técnica. El ánimo triste del maestro acomodaba con patetismo la invasión del progreso. Su cultura no había logrado quitarle la convicción de que ya estaba inventado todo lo fundamental y que la humanidad vivía un retroceso. El maestro era de otro tiempo, del tiempo más perfecto de los *hombres de la madera*. Las circunstancias le habían acostumbrado a fijar esta melancolía en la estirpe de los Altube. Cuando Asier pasó de la silla de ruedas a las muletas, el maestro pensó que el género humano ganaba una tregua. Y cuando entró en la fase del bastón, quiso engañarse con la esperanza de que la historia era reversible. Pero los dos otoños de la guerra los sobrevivió dando adioses definitivos a la naturaleza que se replegaba. De lo poco salvado del naufragio de los últimos tiempos era su amistad con Asier. El maestro se enorgullecía de haberse sobrepuesto a su profesión logrando que el chico no le viera como maestro. Pero, ahora, sintiéndole con el rostro refugiado en su pecho, habría regalado esa amistad a cambio de su repudio. Efectuó una meticulosa operación: con los dedos de su mano izquierda recordó a la mano derecha de Asier que aún poseía

el bastón, e hizo retroceder a la carne de su pecho hasta despegarla de su propia ropa, creando una especie de tierra de nadie.

—Debes ir a casa —murmuró como remate, con los brazos colgando.

El chico dejó de hacer presión sobre el tabardo de pana y de nuevo mostró su rostro. Agarró con fuerza la empuñadura de su bastón y lo apoyó en una losa del patio. Resultaban patentes sus esfuerzos por recomponerse sobre el extremo alto del palo.

—No sé lo que tengo que hacer —dijo.

—Nadie ha escrito aún las recetas para moverse en una guerra —dijo el maestro.

—Creo que voy a esperar a la señorita Mercedes. Igual la matan a ella también.

—No te preocupes, sólo matan a los que llevan pantalones —dijo el maestro, pero se puso a calcular cuánto duraba su secuestro en comisaría y se alarmó—. Además, cuando le perdonen la vida irá directamente a su casa, no tiene por qué pasar por la escuela —añadió.

—Tampoco es hora para usted y ha venido.

—¿Es que también los buenos van a estar pendientes de mis pasos? —estalló el maestro.

Asier giró en silencio y alcanzó la pequeña puerta de verja que separaba el patio de la acera con el toc-toc que le acompañaba al andar en los últimos meses. El maestro se asombró de que el espectáculo que se

alejaba tan penosamente de él no procediera de la guerra.

Entró en el aula desierta abrumado por los tres fusilamientos, pero aún confió en que la soledad le ayudara. Pulsó el mando de la luz. Cerró la puerta con el propósito de borrar el mundo a su espalda, y en una desgana tropezó con los ojos tiernos del retrato de la pared. «Mírame bien, mi general —pronunció—. Hoy has perdido un muerto.» El texto de la frase le enconó el recuerdo. Le entró la certidumbre de que la razón de estar vivo era la garantía que alguien se tomaba para mantenerle recordando. El maestro nunca había creído del todo en la otra vida y por primera vez le asaltó el temor de tener que vivirla. Atendió la protesta de sus rodillas y se dirigió a su asiento sobre la tarima, cuando el miedo a enraizar su angustia con los objetos de diario le hizo cambiar el rumbo hacia la pared del fondo, plegándose para entrar en el sexto pupitre de la última fila. El aula era un recinto de paredes desportilladas con pupitres perforados por el aburrimiento. En un rincón había una bola del mundo fuera de su eje. Sobre el sitio del maestro el mapa de la pared había sido sustituido por un retrato de Franco. La señorita Mercedes intentaba paliar la vejez de los materiales con masas de geranios que ni siquiera derro-

taban la atmósfera de guerra. Quiso refugiarse en un tiempo perdido y rastreó olores en la madera, en la tinta del pocito y en el barniz desconchado, sin reconocerlos. De pronto acusó el reto que le venía del retrato de enfrente y se sintió más tonto que nunca. Se vio de nuevo en la línea de la mirada pequeñita del militar y agrupó sus fuerzas para remontarse a la altura de la historia. Se enderezó lentamente sobre sus huesos con tanto sacrificio que consideró que él también merecía estar en un cuadro. Dirigió al general una mirada turbia de compadrazgo. «A qué estamos jugando, mi general», le preguntó. El silencio se movió por el roce de unos pasos al otro lado de la puerta y el maestro entendió que eran los suyos de la infancia en aquel mismo escenario que le venían a arropar. Pero al abrirse la puerta colmó el umbral la figura de Anaconda.

A lo largo de los años que le quedaban de vida el maestro habría de recordar que en aquel preciso instante sintió entre sus dos ojos el toque del destino. Le invadió una fatalidad tan irrefutable que ni siquiera se levantó para luchar. Anaconda reanudó el roce de sus pies descalzos entrando en el aula con la escoba, el trapo y el cubo de la limpieza. La frase que se oyó a sí mismo el maestro le recordó sin lugar a dudas que se estaba dejando llevar por la simpleza de un folletín: «Dios mío, y se llama como una serpiente».

El origen de la presencia en el pueblo de aquella

aborigen del Mato Grosso pertenecía ya al folclore local. Había sido reclamada por Saturnino Altube, marino y tío abuelo de Asier, para callar la boca de su mujer, quien llevaba cuarenta años jurando que el marido era el culpable de la esterilidad del matrimonio. Era su nieta, habida de una india kamayurá. La desembarcaron en Getxo meses antes de la guerra. Venía con quince años y los precisos certificados de sangre escritos en corteza de árbol, si bien la prueba más palpable de que era una Altube la traía en la nariz peñascosa de la familia. La esposa de Saturnino le cerró la puerta de su casa y fue recogida por las monjitas. Pero era tan salvaje que no soportaba la disciplina de los asilos y huía saltando las tapias. Se reintegró a los montes, hasta que en una excursión de la escuela la señorita Mercedes la descubrió en la copa de un pino mirando con nostalgia a los humanos. La tomó bajo su protección. La alojó en su casa, encargándole de la limpieza de la escuela, al tiempo que la trabajaba para civilizarla. Era una india analfabeta. Trajo un nombre tan estrafalario que el padre Eulogio del Peñebre se negó a creer que correspondiera a una bautizada y la bautizó de nuevo, poniéndole uno que le inspiró una zoología sudamericana: Anaconda. A los dieciséis años era tan pujante que cubría dos asientos de párvulas y parecía la mamancona de todas ellas. Resultaba cierta la impresión de que era la carne la que le retrasaba el paso de un curso a otro, pues en

ella la mente siempre ocupó un lugar secundario. Pero hasta la llegada de los nuevos aires de Cruzada a nadie se le ocurrió pensar que Anaconda perturbara la moral de los niños.

La señorita Mercedes hubo de convertir la escuela y su propia casa en un fortín para defender a la india. Benito Muro y el padre Eulogio fueron rechazados docenas de veces por una mujer a la que siempre creyeron dulce, pero que desbarataba sus martingalas políticas y religiosas con el sentido común de las tigras. Sin embargo, el maestro era el primero en reconocer que resultaba difícil acomodar en Getxo a aquella exuberancia del Mato Grosso. Allí la tenía ahora, descalza, como siempre. Nunca admitió ninguno de los calzados que le compraba la señorita Mercedes; incluso en invierno se la veía desplazarse por el piso helado de calles y estradas a pelo sobre sus callosidades agrestes. Era la primera vez que el maestro se fijaba en esos pies. Le parecieron raíces. La india vestía una especie de saco hasta los tobillos que ahogaba sus formas, pero la presión de estas componía en la tela un mapa de dunas ondulantes cuyo misterio corrompía más que la visión de la carne. Dejó sus trastos en el suelo, sin apartar sus ojos del hombre, y avanzó por el primer pasillo entre pupitres. Avanzó con tal firmeza que el maestro tuvo la seguridad de que la guiaban desde lo alto. La india irradiaba el sosiego potente de los animales superiores. Dijo «Se-

ñor maestro» un segundo después de que el maestro supiera que lo iba a decir. En alguna ocasión anterior también le había dirigido las dos palabras, siempre en un aparte, aunque el maestro temía que no por elección de la india sino por pura casualidad, y vivía preocupado por aquel acoso suave y denso del que no hablaba con nadie y menos consigo mismo. Siempre que surgía Anaconda en su camino esperaba el regalo de una flor.

El maestro buscó con ahínco esa flor en las manos colgantes de la india. «Si no era mujer de flores, por qué ha tenido que elegir este día», pensó, notando que el piso le huía de los pies. Se hizo un chiste alzando por tercera vez la mirada al cuadro: «También esto, mi general», le reprochó. Consiguió olvidarse de cómo se lucha contra el melodrama de la vida. «Sólo en las guerras los remedios son peores que la enfermedad.» La india le envió al rostro su aliento de maleza quemada: «Señor maestro». El maestro tampoco aprovechó el sonido ridículo de la frase. Ni cuando se arrancó del asiento y se puso en pie supo que estaba colaborando. La india eligió el mismo pupitre. Manipuló con el instinto natural de las hembras de los trópicos. El maestro se negó a sí mismo el refugio del asombro y volvió al retrato su última mirada: «Va por ti, mi general», pronunció, volteado por el sarcasmo. En el patio empezaba la noche. El maestro se centró en contemplar esa negrura a través de los vidrios, y

como un concierto de cañonazos las campanas de la torre musicaron el momento llamando al rosario. Se puso a pensar en el planeta sin eje del rincón, pero tampoco quiso apelar a su imaginación para distraerse devolviendo la caliente carne de la india a su continente. Cometió el acto más glacial que cometería en su vida. Hasta que le llegó de otro meridiano la voz esforzada de la india: «Señor maestro». Al despertar a la realidad no supo si despertaba o si entraba en el sueño. Lo primero que comprobó fue que el encerado negro se había vuelto blanco. Tampoco controló los minutos siguientes. El bulto de la muchacha se fue despegando del suceso en un desconchamiento tan suave como si no quisiera perderlo. El maestro estaba petrificado, esperando que la vida se la siguieran resolviendo los demás. En un acto de su propia responsabilidad miró con miedo el encerado y lo siguió viendo blanco. Y en ese momento le llegó el ruido que marcaría por siempre su futuro, aunque le faltó valor para identificarlo: se trató de algo así como la caída de un palo en el pasillo, al otro lado de la cristalera. «No puede ser», se estremeció el maestro. Y entonces sintió por primera vez los animales vivos detrás de su ombligo.

El embarazo de patatas en la siesta del día siguiente le trajo el recuerdo de la cárcel. Vio en la pesadilla a

sus tres amigos fusilados reír el chiste del hombre a quien pararon en la aduana llevando café para sus conejos. Cuando empezó a verse a sí mismo la víspera en la escuela, despertó abruptamente con las vísceras convertidas en plomo. Su madre caminaba hacia él por el cuarto a notificarle que eran las tres menos diez con un toque en el hombro.

—Me tendré que comprar otras zapatillas menos escandalosas —anunció. Se detuvo ante la cama de roble—. Vaya cara.

—Mira bien a ver si te han cambiado el hijo.

El maestro se sentó sobre las mantas revueltas.

—¿Estuve esta mañana en la escuela? —preguntó. Pero supo de pronto que sí había estado, al recordar el pupitre vacío de Asier. Le acabó de despertar la conflagración de los animales de su ombligo.

Se retrasó a propósito para dar lugar a que los alumnos se metieran en el aula, pues por la mañana había soportado menos que nunca el que corrieran a saludarle como a un ejemplo viviente.

El patio de losas estaba desierto. Determinó exactamente su retraso por la raya que marcaba en el suelo la sombra de un tejado. A la altura de la ventana de las niñas sintió en su media cara la atención de la señorita Mercedes, pero no se volvió. La entrada en su clase promovió un levantamiento unánime de alumnos, y el coro de voces le resultó insoportable: «¡Buenas tardes, señor maestro!». Se despojó del chaquetón

y de la boina y los colgó de la percha en la pared detrás de la silla, después de desprender su bata de la bola, y ocupó su mesa sobre la tarima, todo sin hacerles caso. Necesitó de un tiempo y de un esfuerzo para mirarlos. Leyó en sus expresiones la reprimida felicidad por la merma del horario. Le parecieron más remotos que nunca. Nueve de los cuarenta alumnos vestían atuendo azul del Frente de Juventudes y los treinta y uno restantes procuraban no tocarles en los juegos. El maestro daba sus clases bajo la impresión de ser espiado desde los pupitres por unos ojos puestos por el enemigo.

Se afirmó bien sobre sí mismo para no mirar a ninguna parte, pero se encontró viendo el sexto pupitre de la última fila. Le pareció que lo ocupaba uno de los azules de la nueva España, y al maestro le aterró la precisión con que vigilaban a los ciudadanos. Por el contrario, el pupitre de Asier estaba tan vacío como a la mañana. El maestro evocó el ruido de la víspera tras la cristalera y el miedo le impidió seguir aquella pista hasta el final. La actualización del pupitre y del ruido le restituyeron violentamente a la realidad. Se vio ante una clase paralizada por el asombro, y le habría gustado saber cuánto tiempo llevaban así. Bajó los ojos a los libros de la mesa para averiguar si estaba en marcha alguna lección, pero todos seguían cerrados. Estuvo a punto de preguntar a los rostros al acecho que tenía delante qué temas hubo a la mañana, o de ordenarles que se tomaran cualquier lección unos

a otros. Soportó un cuarto de hora más el punzante asombro de la clase y luego ni siquiera se levantó para mandarlos a todos a casa.

Permaneció en el aula vacía flagelándose con la contemplación del pupitre. Llegó a no saber si lo veía o lo estaba recordando. Giró la cabeza al oír unos golpecitos de llamada. La señorita Mercedes lo miraba desde el umbral. Alcanzó la tarima con movimientos silenciosos y se puso a ordenar los objetos de la mesa.

—Aún falta mucho para la campana —dijo—. Quedamos en que ibas a dejar de mortificarte.

—Yo no me mortifico —murmuró el maestro.

—A ver cuándo aprendes a mentir.

—Bueno, pues me mortifico.

La señorita Mercedes respetó su silencio. Siguió ordenando las cosas como si fueran de porcelana hasta que sólo dejó el *Quijote* bajo la cara del maestro. Era una mujer de líneas largas cortadas por remansos. Tenía los ojos más dulces de su generación, pero nunca se preocupó de embaucar a los hombres con disfraces. El maestro la consideraba casi perfecta: sus mejores frases las decía callando. El noviazgo de los maestros siempre fue un enigma para el pueblo. Más que de la cantidad de años que ya duraba, trece, el desconcierto procedía del modo de vivirlos. Hacia 1925, cuando él llevaba cinco años ejerciendo en la escuela de Algorta y ella acababa de matricularse para la carrera, iniciaron unas relaciones que les habían llegado como por ley

natural. En 1929 coincidieron la obtención del título y la primera ruptura. Al reanudar sus encuentros, cuatro años después, no era primavera sino invierno, lo que añadió una originalidad más a lo suyo. La maestra dejó plantado al maestro en el invierno siguiente, en una decisión que entusiasmó a las mujeres. «A ver si se espabila ese panoli», dijeron. Hubo de llegar una guerra para que el pueblo contemplara una tercera reconciliación, en la que estaban, y acaso fuera la definitiva. Quizás les sorprendiera el Día del Juicio, pero había unanimidad en que acabarían en la iglesia. No fue así. Nunca sería así.

Con la anchura que le daba el ser del bando de los vencedores, tres meses antes, el 14 de agosto, Benito Muro había abierto de golpe la puerta del aula donde la señorita Mercedes impartía a siete alumnos y alumnas clases particulares de verano, y le anunció:

—Maestra, ya tenemos maestro para el próximo curso.

La señorita Mercedes pronunció una frase que le salió del alma, pero que nada tenía que ver con la conmoción que le perforó:

—¿Es que queda alguno vivo?

—Quiero que me tengan organizada la escuela para el uno de octubre —ordenó secamente el alcalde.

—La plaza sigue siendo de don Manuel Goenaga —dijo la señorita Mercedes como si recitara un pasaje de la Biblia.